

# Contar una revista

---

RAÚL RIVERO

**L**A PUBLICACIÓN QUE JESÚS DÍAZ ME CONTÓ POR TELÉFONO SE PARECÍA A LA QUE ahora tenía en las manos y hojeaba de prisa en la sala de mi casa en la calle Peñalver, de Centro Habana.

Se parecía, pero la de verdad era mejor y se podía tocar y tenía los aromas eternos y nobles de la imprenta, con sus corondeles entintados y sus recuadros nítidos para vaciar el texto y quitarle densidad, hacerlo claro, ligero y directo.

Por muy novelista que fuera Jesús, no es fácil contar una revista. Es más llevadero contar una película o un episodio de la vida. Contar una revista debe de estar en el mismo rango de dificultades que bailar un sillón, como decía Cortázar que le estaba permitido a Isadora Duncan.

Pero la que Jesús me había contado desde Madrid una noche en La Habana, que era su madrugada, se parecía y —lo más importante— me di cuenta de que se ajustaba a lo que él se proponía, a lo que ahora estaba soñando después de tantos golpes, como dijo Fayad, después de ese largo viaje hacia la libertad con todos los dolores, las renunciadas, las frustraciones y los desvelos.

Lo que Jesús proponía era un sitio para encontrarnos todos. Cada uno con su pensamiento y dueño y diseñador de su universo privado, pero con quicios y espacios en una franja donde se pudiera hablar de todo y debatir, polemizar y, por lo tanto, enriquecer la cultura del país donde nacimos.

Quería, dice mi memoria, un territorio sin aduanas, una parroquia donde los interesados en la fuerza y en la permanencia en el poder a cualquier precio no pudieran crear dos bandos o tres o muchos bandos y definir el ámbito de la creación y la cultura con esta vara socialista y reductora: los de afuera y los adentro.

Recuerdo que hablamos que los de adentro, los del interior, teníamos otro interior, que son los escritores que viven fuera de La Habana. Esas divisiones son patrimonio exclusivo de las dictaduras y una forma de romperle las líneas divisorias a los dictadores y sus mayordomos es hallar un punto común donde exponer, barajar y discutir.

Otra idea importante del momento fundacional de *Encuentro* era la de crear un clima de confianza entre los creadores que viven en la Isla y los que están en el exilio. No permitir que los cuadros de las juventudes comunistas devenidos altos funcionarios del Ministerio de Cultura (algunos usan nombres falsos que recuerdan refrescos americanos y témpanos de hielo) rieguen combustibles y ponzoñas para enturbiar las relaciones personales.

Tampoco habría que hacerse obligatoriamente amiguito de un novelista malo o de un poeta fatal de Palma Soriano o residente en Barcelona. Un clima de respeto, nada más.

Creo que el impacto que causó la entrada de *Encuentro* en Cuba tiene que ver con esos postulados. Porque eso que estaban pensando Jesús y otros amigos en el exilio de Madrid y Miami, estaba también en el pensamiento de muchos artistas que vivían y viven en Cuba.

Yo vi la revista correr de mano en mano. Sentí la corriente de aprobación que viajó por las ciudades, porque allá se recibió como una puerta abierta, una publicación hecha con rigor y profesionalismo, que podría acoger poemas, cuentos, artículos, ensayos que en las revistas especializadas y controladas por el Partido Comunista no iban a entrar.

La recibieron como una bendición en el centenar de Bibliotecas Independientes que comenzaban a funcionar en el país, porque le daba a la gente información, noticias y muestras del trabajo de autores queridos y leídos que se habían tenido que marchar, pero también de uno que residía en Matanzas o en Ciego de Ávila y no hallaba espacio en los medios locales.

Para el periodismo independiente que ya tenía escuela y biblioteca y presencia en toda la nación, *Encuentro* fue y sigue siendo, cada trimestre, una fuente de esperanza y oxígeno y una prueba de que se puede hacer periodismo sin mandato, sin exclusiones y con derecho a réplica, tres carencias básicas del sistema propagandístico gubernamental.

Sí, cómo no, yo recuerdo a escritores amigos —todavía no se pueden decir sus nombres— en bicicletas nocturnas y en almendrones grises con un paquete de revistas *Encuentro* de un punto a otro de La Habana y recuerdo a viajeros rumbo a Oriente y a Pinar del Río con los ejemplares que esperaban lectores con listas de espera de lectores.

Recuerdo leves deserciones, miedos inducidos porque la policía y los funcionarios pusieron de moda un ejercicio represivo que se llamaba, entre bromas, «Conversación sobre *Encuentro*». Recuerdo esas deserciones con comprensión y afecto, porque lo primero que aprendí en mis años de periodista independiente y de tolerante y demócrata por cuenta propia es que cada uno tiene derecho a administrar su miedo para andar por la vida.

Estoy convencido de que la entrada de *Encuentro* en Cuba nos ayudó y nos ayuda a los cubanos en nuestro empeinado camino hacia una sociedad plural, libre, con espacios para las ideas y el trabajo creador de todos.

Una vez en La Habana, un veterano periodista sueco, que estuvo dos años preso en un campo de concentración nazi, me dijo que hasta allí, en medio del hambre y la tortura, en esa proximidad con la muerte, tuvo momentos de felicidad.

En los quince años que estuve perseguido, negado, prohibido, marginado por la dictadura, yo tuve momentos de felicidad que tenían que ver con mi vida privada, mi familia y algunas alegrías de otras esferas.

Esta nota es la evocación de dos de esos momentos felices: la llamada cómplice y alevosa de mi hermano Jesús y el contacto físico con un ejemplar del primer número de la revista *Encuentro*.